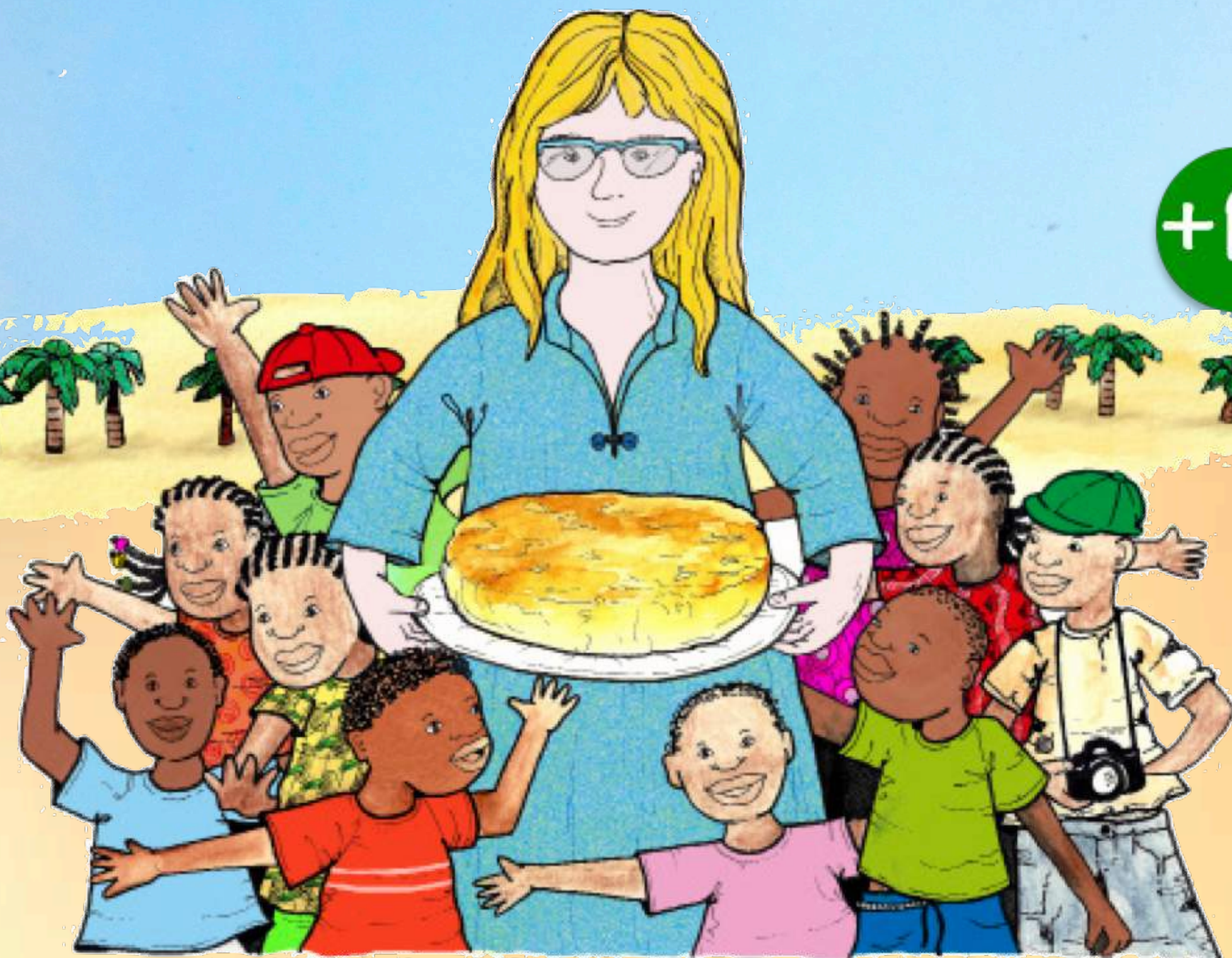


La tortilla de patatas

+10



Autora

CARMEN DE LA ROSA

Ilustraciones

BELÉN GARCÍA

WEEBLEBOOKS

Gracias a los padrinos y madrinas que apoyan nuestro proyecto podemos seguir publicando libros educativos para todos los chicos y chicas de forma completamente gratuita. Únete a la red de padrinos y elige tu libro.

Padrinos y madrinas de este libro:

Carmen Sol Moreno Martos
Rocío Quesada Navidad

© 2015 **WEEBLEBOOKS**

Autora: Carmen de la Rosa
Ilustraciones: Belén García
Editora de texto: Esther Aizpuru
Corrección de texto: Irene Guzmán

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, octubre 2015



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

La autora: Carmen de la Rosa

Carmen de la Rosa nació en Sevilla, en una familia de la burguesía rural. Fue ama de casa hasta que, con 35 años, se licenció en Periodismo por la Universidad Complutense. Realizó dos años de Doctorado y un curso de Relaciones Internacionales en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid. Antes, en Almería, había obtenido la licencia de piloto privado, y el título de profesora de danza española en el Conservatorio de Murcia.

En nuestra Editorial ha publicado tres libros anteriormente, Boca de Algodón (2013), ¡Espárragos en apuros! (2014) y De la Patagonia a Serón (2014).

Desde hace una década trabaja en GoYa!, su propia agencia de publicidad ubicada en la ciudad alemana de Heidelberg, donde es también chef de cocina después de

estudiar gastronomía en Le Cordon Bleu de Londres.

Publicó El Al Mizar en 2011 (Editorial Almuzara), El Inglés de Serón (Círculo Rojo, 2013), La carta de Lucrecia (Editorial Anantes, 2014), Amapola 15 (Editorial Círculo Rojo, 2015) y el libro de cuentos infantiles ¡Arre, burro, arre! (Los libros de Umsaloua, 2014) presentado en la Fundación Zenobia-Juan Ramón Jiménez en el Año de Platero. En diciembre de 2015 saldrá publicada su novela Acuario con peces rojos (Editorial Anantes). Y tiene escrita una novela negra inédita, junto con veinte relatos y doce cuentos infantiles. Carmen de la Rosa ha vivido en Sevilla, Almería, Madrid, Londres, Múnich, Hamburgo, Dusseldorf y Heidelberg.

La ilustradora: Belén García

Belén es diplomada en Enfermería por la Universidad Autónoma de Madrid, Máster en Medicina Humanitaria y Diploma en Pediatría Topical. Enfermera de cooperación internacional en países de África como Mozambique, Guinea Ecuatorial y Angola, entre otros.

En la actualidad trabaja como técnico de proyectos de cooperación en el Centro Nacional de Medicina Tropical del Instituto de Salud Carlos III. Docente en el ámbito de la patología tropical y la cooperación al desarrollo, es además dibujante en los ratos libres.

Ha publicado el libro Dibujando África, una galería de dibujos, apenas acompañados de unas

líneas explicativas y realizados con diversas técnicas, que plasman tanto aspectos cotidianos o culturales relacionados con el África rural

www.dibujandoafrica.com

@dibujandoafrica

La editorial:



WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico! Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com



EnganCHADos es la iniciativa de un grupo de profesionales, trabajadores de todos los ámbitos en el Hospital de Universitario de Fuenlabrada, en Madrid, comprometidos con la Salud y que quieren intercambiar experiencias y apoyar a un pequeño hospital en el corazón de Africa lleno de sonrisas y gente maravillosa, pero necesitado de personal y medios. Su gente nos ha "Enganchado" y nuestro Hospital se ha "Enganchado" con el suyo.

El mantenimiento del Hospital de Bebedjia es posible gracias al trabajo de personal nativo, de misioneras combonianas y expediciones médicas solidarias, además de las imprescindibles aportaciones económicas vehiculizadas por las ONG's. Este soporte económico lo

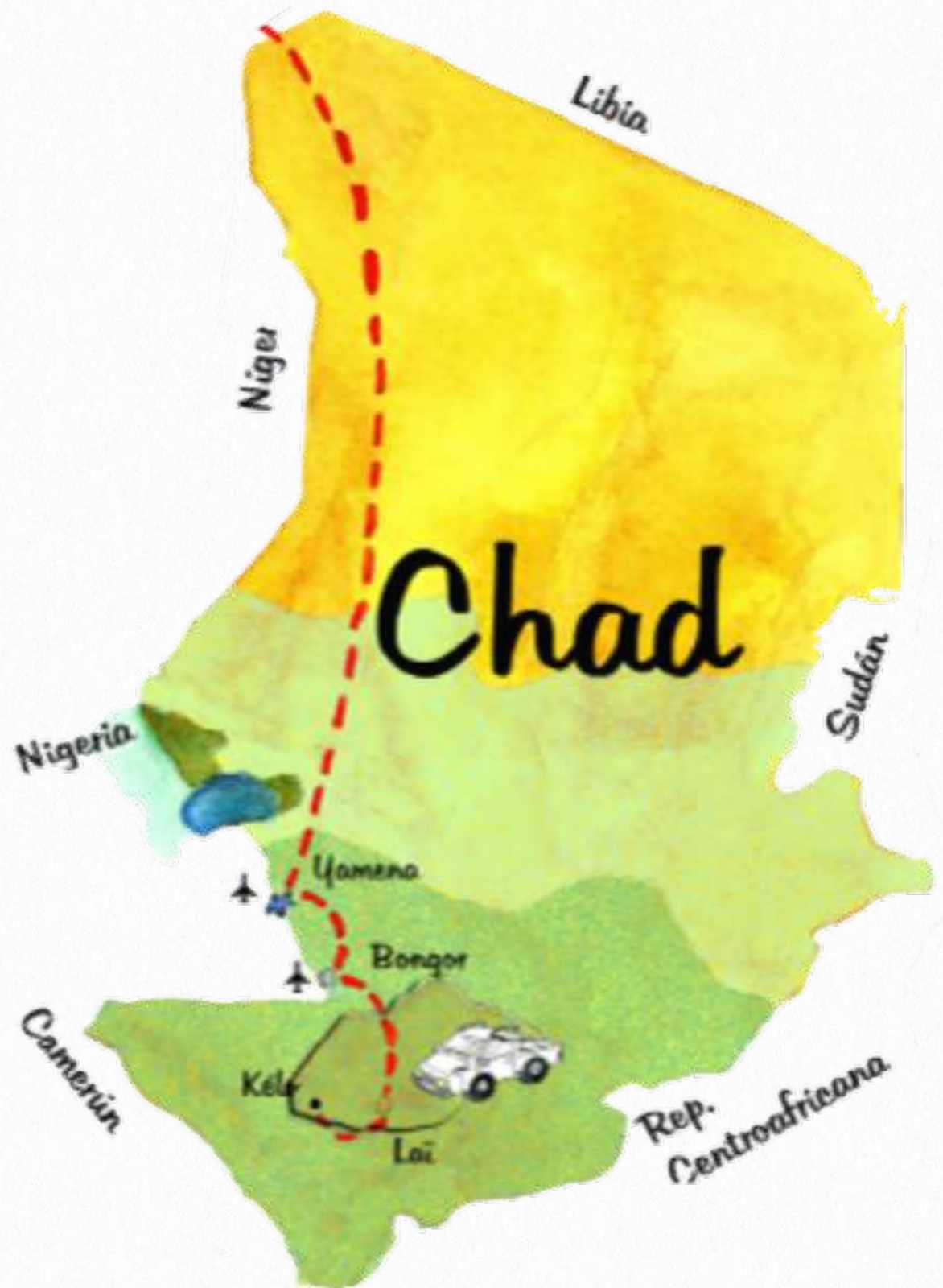
reciben de particulares, empresas, administraciones y entidades que creen en nuestros objetivos y nuestros resultados.

Los beneficios más evidentes de colaborar con EnganCHADos son los cientos de pacientes atendidos en una zona con falta de medios, a los que intentamos solucionar problemas de salud que pueden parecer pequeños en una sociedad económicamente avanzada, pero que ponen en "jaque" la salud e incluso la vida de los habitantes de las zonas desfavorecidas

Si quieres engancharte a nuestro programa y ayudar a quienes más lo necesitan, visítanos en:

<http://www.enganchados.org/>

La tortilla de patatas



Mi vida cambió radicalmente gracias a una tortilla de patatas. Todo comenzó en el mercado de Kélo, una ciudad pequeña en la sabana de Chad. Yo había conseguido al fin un buen trabajo: una televisión alemana me había encargado como freelance un reportaje fotográfico sobre la pobreza en los países más pobres del mundo. Y Chad ostenta el quinto puesto en tan dramático ranking.

Lo primero que hice cuando firmé el contrato fue entrar en Wikipedia. Así supe que Chad está en el corazón de África y cuenta con una zona desértica al norte, el árido cinturón del Sahel en el centro y la fértil sabana que hace frontera con Sudán. Además, alberga un gran lago que, por desgracia, va menguando a velocidad ultrasónica. También carga con los problemas sociales de sus más de cien etnias y dos grandes religiones: la musulmana y la cristiana.

Al sur, en el departamento de Tandjilé Occidental donde se encuentra Kélo, viven cristianos que en los días de esta historia celebraban en paz su Navidad. No es que yo sea especialmente religioso, no, pero en una fecha tan entrañable como es el 25 de diciembre, echaba muchísimo de menos a mi mujer y la comida de Navidad que organiza la abuela Magdalena para nuestra extensa familia. ¡Qué ricos sus pestiños y buñuelos! Y qué decir de los turrónes... Echaba de menos hasta los alfajores y los resecos polvorones de Estepa.



En esas añoranzas tenía ocupado el pensamiento cuando se me acercó un chico manco y zarrapastroso ofreciéndose como porteador de mi pesada mochila. Le agradecí en francés sus servicios y le expliqué que no los necesitaba, pues lo que en verdad me urgía era comer. ¡Tenía un hambre canina! Al final se me escapó un «¿entiendes?» en español y entonces al chico se le iluminó la cara.

—¿Tortilla de patatas? —me dijo sonriendo y en perfecto castellano.

—Mais oui, ¡tortilla de patatas! ¿Sabes dónde me puedo comer una buena tortilla de patatas?

El chico no sabía decir ni una palabra más en mi idioma. Me indicó con un gesto que lo siguiera y salió a buen trote hasta que se paró frente a mi todoterreno y esperó a que le abriera la puerta. Su cara era un primor, la tenía plagadita de cicatrices; no llevaba sandalias, solo un pantalón andrajoso de un color indefinido, una camiseta llena de agujeros y en la cabeza un gorrillo verde con visera en perfectas condiciones. Su única y preciada propiedad.



Viajamos un buen trecho por una vereda bordeada de árboles con troncos pintados de cal, de cabañas redondas con techo de paja o de simples chabolas desperdigadas sin ningún criterio. «¿Para qué una ordenación urbanística» —me dije— «si en esta inmensa llanura hay tierra para dar y regalar?». El camino era más bien una alberca, encharcado por el tormentazo que acababa de caer. Íbamos pisando huevos. Los niños se nos acercaban como moscas a la miel; se desternillaban de risa, no estaban acostumbrados a ver un blanco sin pelos en la cabeza pero sí en los brazos, con gorra

amarillo limón —regalo de un sobrinito— y sudando la gota gorda. Estábamos a cuarenta grados, claro que más calor había pasado yo en Sevilla aquel verano.



Salimos de Kélo y, al poco, el chico me señaló unos edificios que parecían la granja de un colono. Leí en un gran letrero: «Centro Educativo Charles Lwanga. Misioneros de la Esperanza. Bayaka». Mi guía, de puntillas y ayudado por su única mano, se alzó sobre la puerta metálica del recinto, asomó todo lo que pudo la cabeza y silbó con fuerza. Al momento se acercó un muchacho y se saludaron en un extraño dialecto. Yo no entendí ni papa. Mi cicerone me hizo señas de que esperásemos y, a los cinco minutos, un hombre joven con vestimenta africana nos abrió el portón. Nos saludamos. Se llamaba Paco. Me condujo a la casa principal y me presentó a su mujer.





—¡Uy, uy, uy, Virgen Santísima! ¡Qué alegría! Pero chiquillo, ¿qué se te ha perdido a ti por estos andurriales? Anda, hijo, pasa y ponte al fresquito del ventilador, que se te va a fundir el cerebelo... ¡Madre del amor hermoso, si eres nuestra estrella de Oriente! Bueno, más bien del norte, de nuestra Esperanza Macarena —me soltó Isabel en perfecto sevillano junto con un sonoro beso.

Isabel me ofreció un vaso de agua fresquita de un búcaro que, según me contó, le había regalado un feligrés de Gerena, su pueblo. Eran misioneros seculares y llevaban cuatro años en Chad.

—¡Un milagro, un verdadero milagro! Vaya suerte la mía, encontraros por estas latitudes. Y pregunto yo, ¿por casualidad no tendréis de comer gazpachito y una sabrosa tortilla de patatas...?

—Y un buen jamón de Jabugo, ¡no te digo! —la risa de la guapa misionera sonó como la de la mismísima Caballé.

—Ven, te vamos a presentar a nuestra familia. Puedes dejar tus cosas a buen recaudo en la oficina. ¡Anda, vamos! —me apremió Paco.

Era la hora del almuerzo y en la cabaña más grande, la que hacía de comedor, cincuenta niñas y niños vestidos de fiesta esperaban en silencio a que llegaran los misioneros. Los más mayorcitos servían las mesas.

—Chicos, este señor que hoy nos visita viene de España. Celebrará con nosotros la Navidad. ¡Un buen aplauso para monsieur Guerrero!

Los niños aplaudieron encantados y me escudriñaron a conciencia: «¡¡otro español descolorido!!». Mientras tanto, el chico del mercado daba vueltas y revueltas entre las mesas sin atreverse a sentarse. Isabel lo invitó a que comiera con nosotros, pero le advirtió que antes se aseara. El chico, feliz por comer caliente, salió al porche y se remojó enterito en una enorme palangana; volvió y se sentó al lado del muchacho que acudió a la verja. Parecían amigos. Más tarde mi guía me contó que aquel chaval le había hablado de las deliciosas tortillas de patatas que hacía Isabel.



—Has tenido suerte, amigo. No tenemos gazpacho pero sí unas riquísimas tortillas de patatas. Y pollo de nuestra granja con okra, yuca y salsa de cardamomo. Para beber, caraje, que está muy dulce y te va a encantar. Y de postre, ¡turrónes! ¿Sabes?, también tenemos choricillo y embutidos del pueblo, los acabamos de recibir, es el regalo de Navidad de mis padres — me anunció Paco.



Me di un atracón de la deliciosa tortilla, no dejé ni mijita de mi ración de pollo. ¡Y qué decir de las chacinas de Gerena! Me sentía en la gloria; me había caído en suerte un premio más nutritivo que el gordo de Navidad. Y pensar que dos horas antes me veía comiendo la bola de mijo y las negras alubias aburridas de siempre...

Pasamos una tarde preciosa. Los niños jugaron un partidito de fútbol sin sus chanclas, pero bien equipados con los colores del Betis y del Sevilla. Y Paco, Isabel y yo estuvimos de agradable palique recordando nuestra ciudad y nuestra gente. Ellos no tenían nada urgente que hacer, ya habían oído misa por la mañana temprano en Kéle. Isabel me contó que sus niños, vestidos de fiesta, viajaron en la trasera del todoterreno como sardinas multicolores en lata, pero que a la vuelta les cayó tal chaparrón que llegaron a casa chuchurríos y pingando. Dijo que no les hizo falta cambiarse de ropa, se alejaron los nubarrones y bajo un solazo inclemente quedaron tiesos como las percas desecadas del lago.



Hice muchas fotos mientras los niños me enseñaban orgullosos su centro y me contaban sus vidas. Pero la vida nueva; de la otra no soltaron prenda. Esa que no querían recordar me la relataron mis nuevos amigos aquella tarde de Navidad en Bayaka. Los misioneros pusieron nombre a cincuenta historias de abandono por causa del sida, que por aquel entonces hacía estragos; y de las guerras, que dejaban los campos sin hombres, alistados por soldadas miserables en bandas que se masacraban entre ellas; historias de niñas vendidas como

servientas a los musulmanes del norte. Nos hablaron de su enorme familia. Ellos, que no tenían hijos, hacían de padres de cincuenta niños de todas las edades.

Solo me quedaba un chico por conocer: mi guía. Los misioneros sabían poco de él, les parecía listo y muy rebelde. No era de aquella región, había aparecido misteriosamente en Kélo dos años atrás. Isabel y Paco no habían logrado atraerlo al centro. El chico vivía de trabajillos en el mercado y de la caridad de la gente. Creían que la mano se la arrancó una alimaña cuando era un bebé. No conocían ni su nombre.

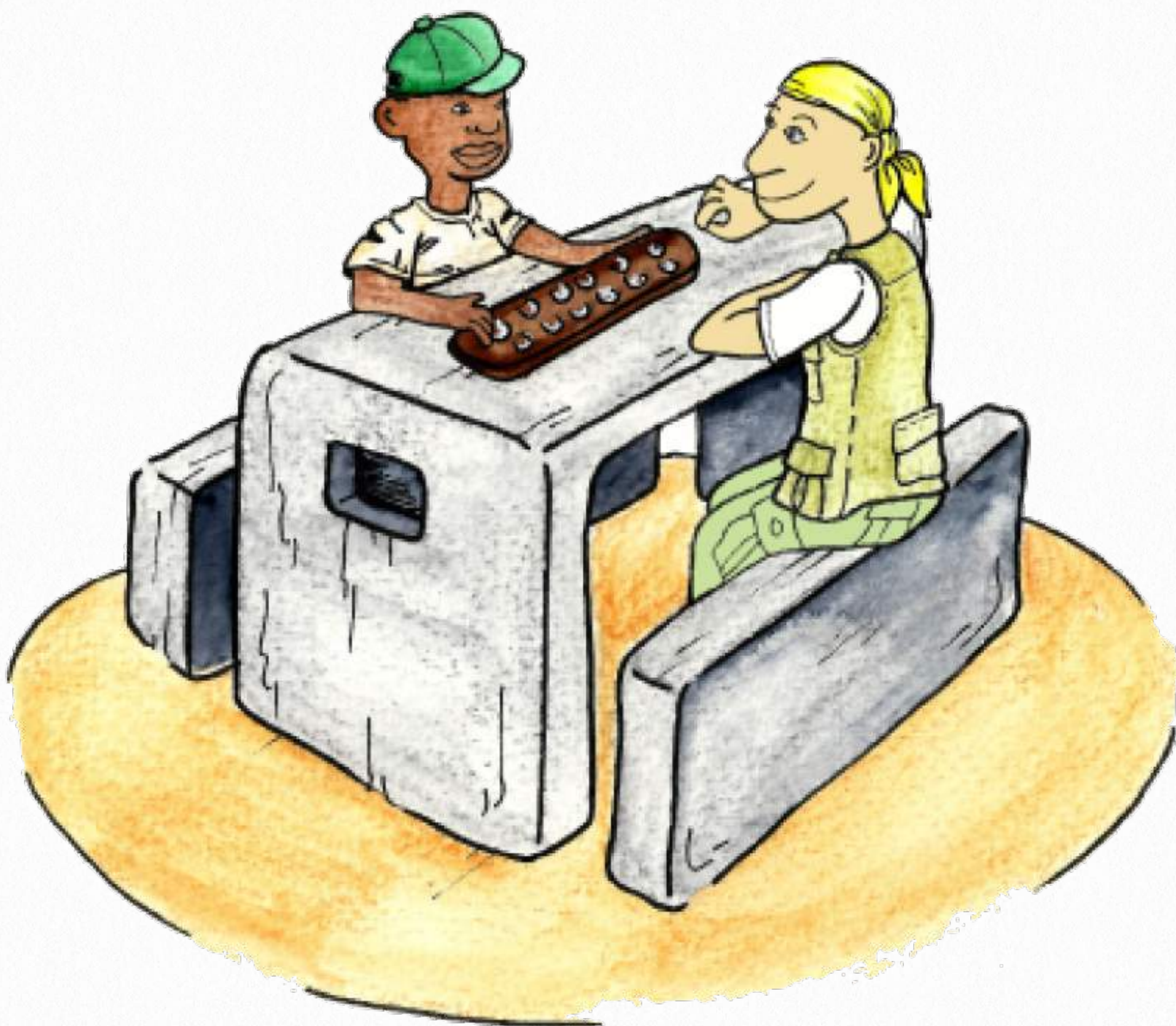
Ya casi de noche, los misioneros se fueron con los niños a dar un paseo por la granja para conocer a un potrillo recién nacido. Mi guía no quiso unirse a la excursión y yo me quedé con él para jugar al wari. Era tremendamente espabilado. Capturaba todas mis semillas en un pispás.

—Bueno, creo que ya es hora de que me digas tu nombre.

—Me llamo Akin.

Me costó mucho hacerle hablar. Lo intenté enseñándole las fotos que acababa de hacerles a los otros niños. Akin las miraba como si mi cámara estuviera embrujada; se reía a

mandíbula batiente y al segundo se levantaba y le soltaba una coz a una silla a pleno grito. Cuando le preguntaba sobre su pasado se le ensombrecía la mirada y no decía ni mu. De nuevo una partidita de wari y a enseñarle nuevas fotos. Y entonces empezó a contar.



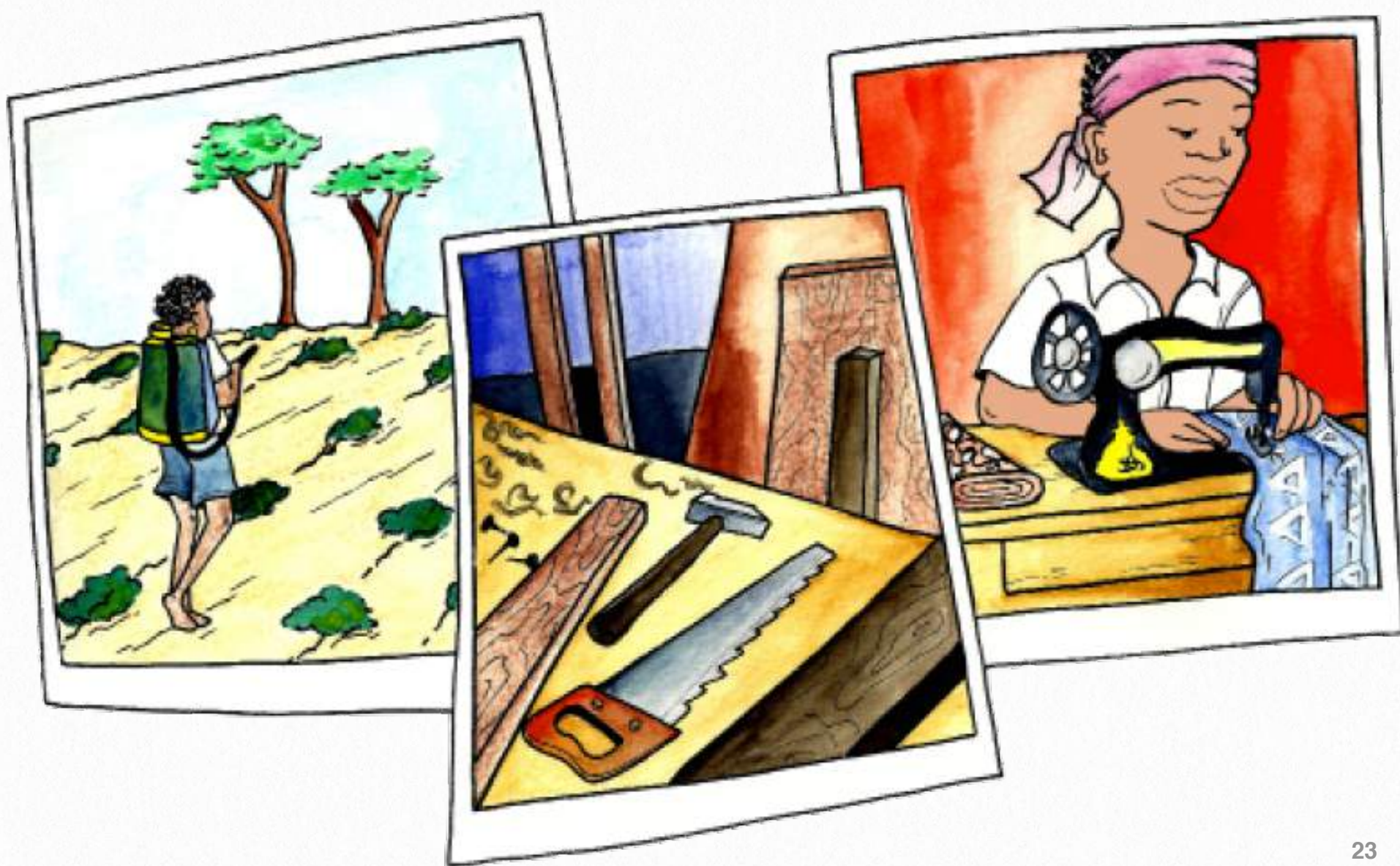
—Mi padre era conductor de camiones, vivíamos en un pueblo de la República Centroafricana, cerca de la frontera con Chad. Teníamos una casita con huerto, gallinas, animales... Cuando cumplí siete años, mi padre me regaló una bicicleta. Me gustaba mucho y la usaba para ir al colegio. Aprendí a leer y a escribir. Mi hermana mayor hacía secundaria. La vida nos iba bien hasta que mi padre enfermó y murió de sida. Mi madre murió poco después. Mi hermana fue como una madre. Vendimos la casa y los animales y nos fuimos a vivir a una choza. Yo perdí la bicicleta. La cambié por una cabra porque necesitábamos leche para nuestro hermano pequeño, que tenía dos años.

Una noche se presentaron en la aldea unos hombres armados. Mi hermana cogió al niño y su ropita y se lo llevó a nuestra vecina, le dio todo el dinero que habíamos ahorrado y su pulsera de oro. Le dijo que lo cuidara, que se escondieran en el bosque. Ella se enfrentó a los soldados para darle tiempo a la vieja a huir. La maltrataron y se la llevaron en un camión; a mí me metieron en otro junto con niños de mi edad y mayores. Yo tenía nueve años. No volví a ver a mis hermanos. Me obligaron a trabajar de enlace, llevaba paquetes y hacía recados. Decían que si intentaba escapar, matarían a mi hermana.

Un día me enteré de que a mi hermana se la habían llevado al norte para venderla como esclava. Entonces preparé mi huida junto con otro niño que era mayor. Yo tenía once años, él trece. Llegué a Kélo.



Hasta ahí habló Akin sin inmutarse, frío como un témpano. Luego me pidió ver más fotos y que le hablara de mi país. Estuvimos de charla hasta que regresaron los excursionistas y mi guía se fue a cenar con su amigo. Yo estaba rendido del viaje y de las emociones navideñas, así que me fui pronto a la cama que me habían preparado en la oficina. Dormí a pierna suelta y fresquito bajo las aspas de un magnífico ventilador. Al día siguiente, en el desayuno, Isabel me contó que Akin se había largado de madrugada y que su huida la había entristecido porque se había hecho a la idea de que, al fin, se iba a quedar en el centro como un hijo más.



Me despedí de los niños y de mis amigos con pena, pero con dos buenos salchichones que me alegraron unas cuantas comidas. Yo les dejé de regalo las fotos para que las publicaran en su revista y me llevé el recuerdo de la maravillosa labor que Isabel y Paco llevaban a cabo en el Centro Charles Lwanga. Sus niños no solo estudiaban lo suficiente para montar un negocillo y así ganarse la vida, sino que también aprendían a ser granjeros o buenos carpinteros y sastres. Entre tanta miseria aquellos chicos eran, en verdad, afortunados.

Antes de dejar Kélo pasé por el mercado para decirle adiós a Akin. Y tuve suerte. Vislumbré a mi guía entre los puestos de ropa. Cargaba un enorme paquetón sobre su escuálida espalda. Me acerqué a él y le pedí jugar una última partidita de wari, la revancha.



—¿Te gustó la tortilla de patatas?

—Claro, Akin, no sabes cómo te agradezco que me llevaras al centro de Bayaka. Mira, antes de despedirnos, y como somos amigos, quiero hacerte un regalo de Navidad. Pero tú me tienes que contar el final de tu historia. No la has terminado... —puse en su mano mi querida Nikon, una cámara sencilla y pequeña con la que hice mis primeras fotos.

Akin la cogió con enorme delicadeza, como si fuera un relicario. La miraba embelesado.

—Gracias, amigo, pero yo no sé usarla. —me la devolvió.



—Yo te enseño. Eres listo, Akin. La cuestión es que tienes que enchufarla para cargar la batería y utilizar un ordenador para archivarlas, como el que tienen en el centro de Bayaka. Paco te puede enseñar a manejar el ordenador para ver y tratar las fotos. Así podrás mandarme las mejores. Podemos estar siempre en contacto. Yo quiero ver lo que haces, estoy seguro de que te saldrán muy bien. Lo sé.

Al despedirnos le recordé que me debía su historia pero que, como tenía que continuar mi viaje, me la tendría que mandar a través del ordenador del centro. Al día siguiente recibí un e-mail de Paco: «Akin ha llegado a Bayaka para quedarse».



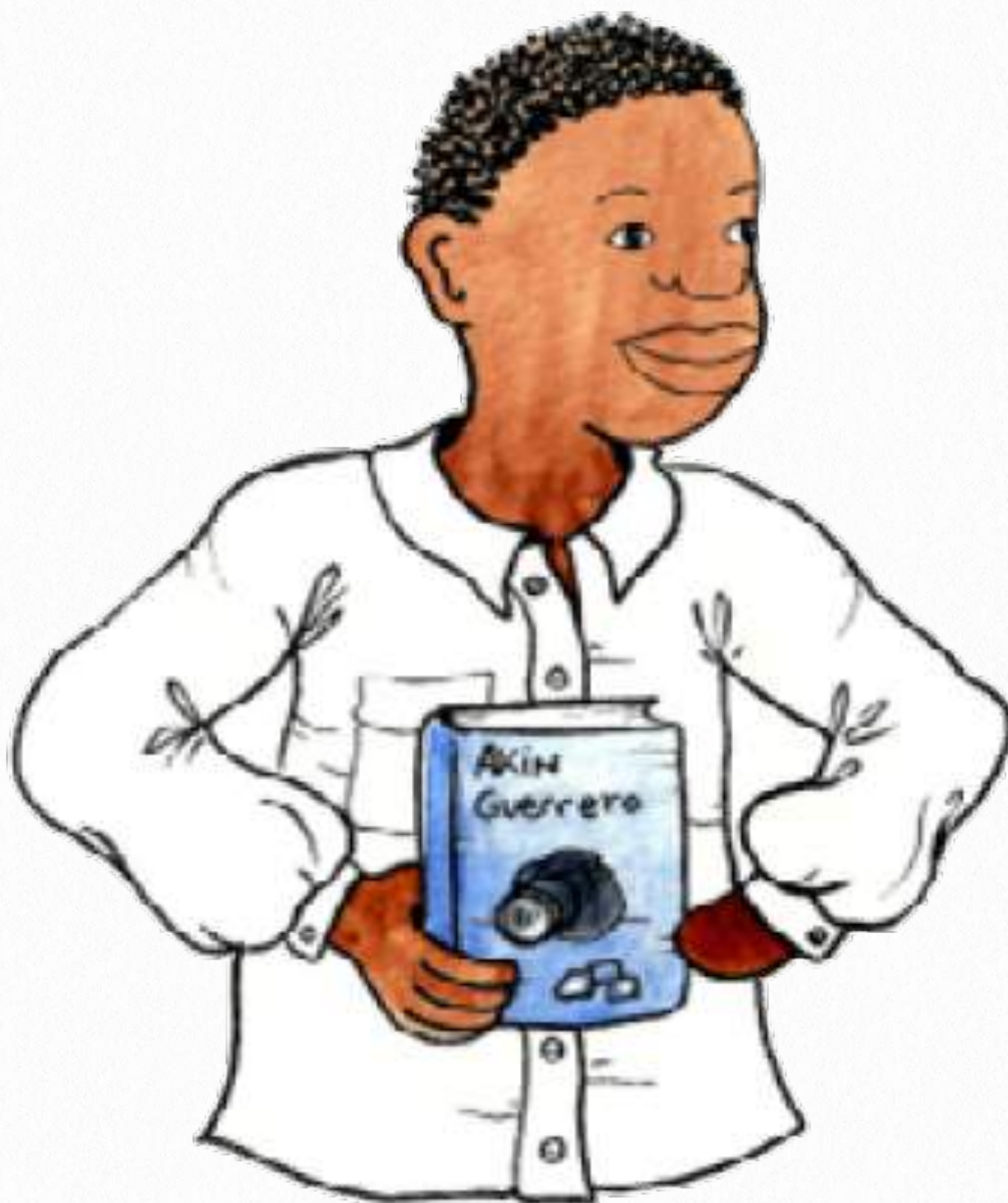
Al año de aquella inolvidable Navidad recibí, entre sus bellísimas fotos, el siguiente mensaje:

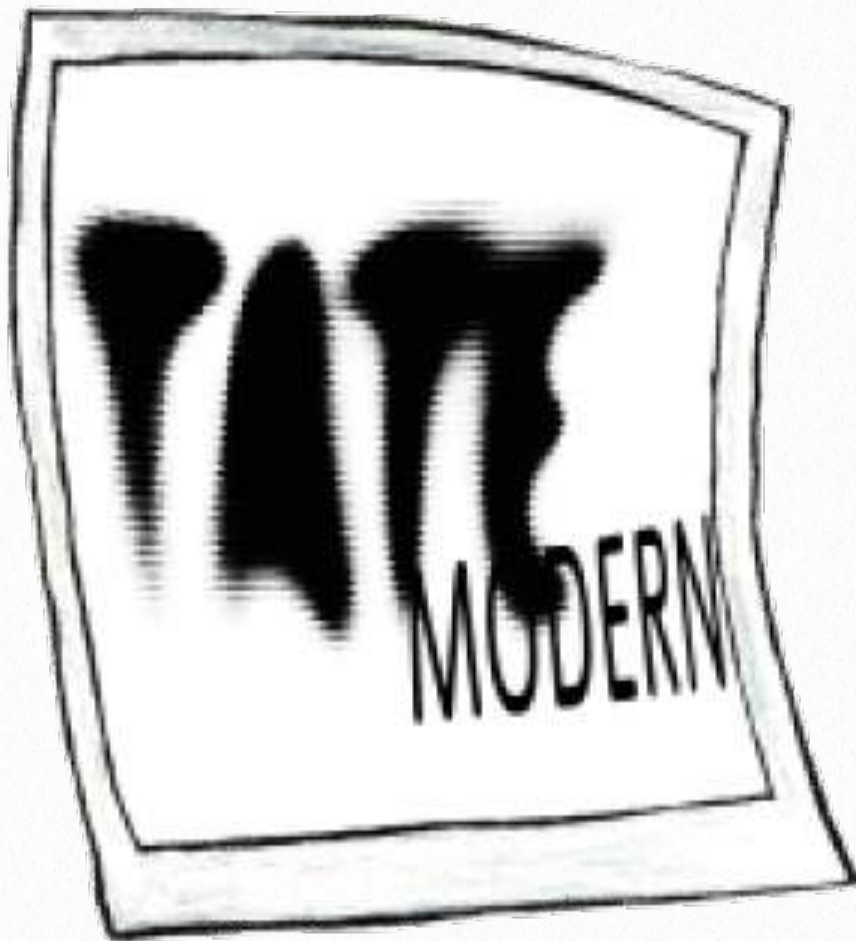
Amigo, como te prometí, aquí te cuento lo que me pasó cuando me raptaron. Conviví en chozas con otros chicos que ya eran soldados. Yo estaba a punto de serlo. No quiero recordar cómo aquellos asesinos conseguían que los niños disparáramos a la gente. Vivíamos siempre muertos de miedo. Sabíamos que en cualquier momento nos podían matar. A veces estábamos tan tranquilos bromeando y, de pronto, uno de nosotros recibía un disparo por la menor idiotez, por comer más cacahuetes de los que le correspondían, por no levantarse a tiempo para una marcha... Por cualquier cosa. Y fin de su corta vida. Sufríamos un terror constante, teníamos horribles pesadillas porque nos hacían presenciar cosas monstruosas... Nos daban drogas. Perdona, amigo, pero no quiero contarte más. Necesito olvidar. Cuando me enteré de que no volvería a ver a mi hermana, que no me podían engañar más con su asesinato, decidí escaparme con mi amigo. Nos jugamos la vida aún más. La noche convenida corrimos aterrorizados, pensando que nos caería una bala por la espalda, la esperábamos. Pero no fue una bala la que casi me manda al otro mundo. Tropecé con una rama y, al apoyar las manos en el suelo, explotó una mina. Tuve suerte,

solo se llevó por delante una mano y me dejó señalada la cara. Sentí tanto dolor que perdí el conocimiento. Cuando desperté, estaba en la cama del hospital de una misión. Mi amigo me había hecho un torniquete y me había cargado a hombros hasta unas chozas cercanas. Me salvó la vida. Después me enteré de que llegó a Kélo y por eso vine yo también; es mi amigo del centro. Es muy buena persona. Me intentó convencer para que ingresara allí pero no quise que me encerraran. Hasta que te conocí, no confiaba en nadie. Gracias, amigo, aquí estoy muy bien. ¿Te gustan mis nuevas fotos de insectos?

Aparte de enseñarle el uso del temporizador, del diafragma para graduar la luz y todas las partes fundamentales de una cámara, aquel día de nuestra despedida en Kélo le di a Akin unas nociones conceptuales de lo que podía captar con su Nikon: tristeza, felicidad, estados de ánimo... Y le enseñé, a distancia, todo lo que sé de fotografía, a través del ordenador que le había enviado. Él trabajó tanto y con tanta ilusión que en tres años se convirtió en un gran artista.

Hoy es conocido no solo en África, sino en todo el mundo. Ya ha publicado varios libros, ha expuesto en los museos Tate Modern, Reina Sofía y MoMA. Vive en Nueva York. Es el famoso Akin Guerrero, mi hijo adoptivo. A él también le encanta la tortilla de patatas.





Agradecimientos

Belén Jiménez, directora infatigable de Grupoafrica Cultura Africana, me planteó no hace mucho un reto: imaginar un relato ambientado en África, una historia para niños con un trasfondo social.

Ilusionada con el proyecto, redacté en dos meses *La tortilla de patatas*. Escribí este cuento de Navidad para Belén y para todos esos voluntarios que aman África y trabajan por su gente. Y para los Misioneros de la Esperanza. Ellos me ayudaron a ubicar a mi protagonista en su admirable Centro Educativo Charles Lwanga de Bayaka, en Chad. Y a corregir algunos fallos de ambientación.

Les agradezco también a mis nietos trillizos, Daniel, Jaime y Pablo, los bloguerillos de La Biblioteca de Miss McHaggis, que vayan a incluir en uno de sus estupendos post a Akin y sus amigos.

A Belén García, que ha trabajado de enfermera en varios países del continente africano, y que ha regalado a este libro sus maravillosas ilustraciones.

A la editorial Weeble y su equipo, por su magnífica labor de edición de ebooks infantiles, didácticos y gratuitos.

La tortilla de patatas es un homenaje a los niños soldados de África.

Para todos los niños que lean el cuento, mi cariño.

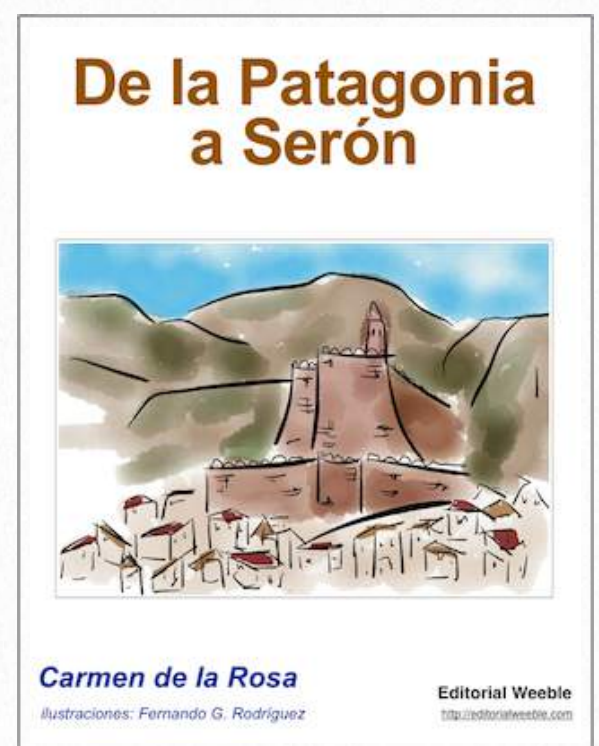
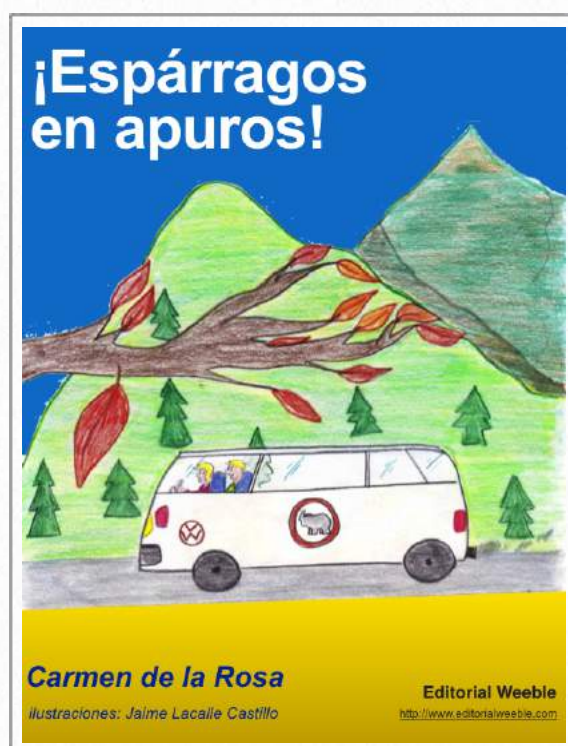
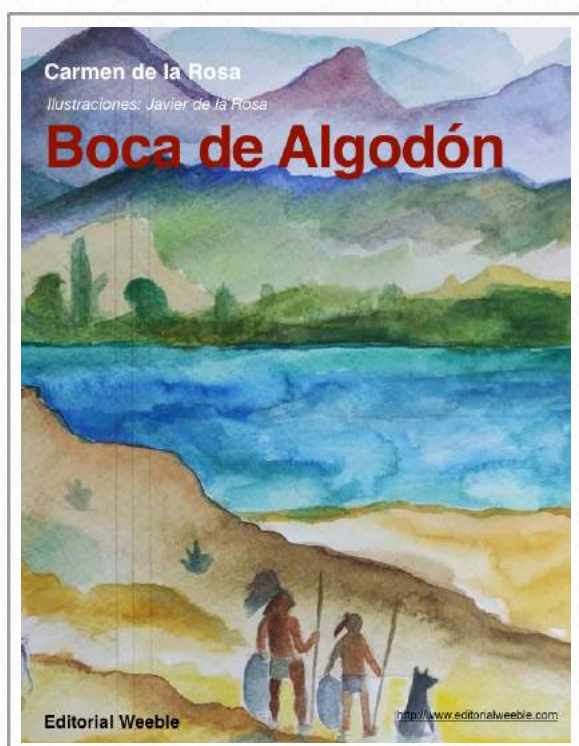
Carmen de la Rosa

Otros libros publicados de Carmen de la Rosa

Boca de algodón

De la Patagonia a Serón

Espárragos en apuros!



Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar

Viaje a las estrellas

La guerra de Troya

El descubrimiento de América

Amundsen, el explorador polar

Atlas infantil de Europa

Las malas pulgas

El reto

Descubriendo a Mozart

¡Sácame los colores!

La Historia y sus historias

Descubriendo a Dalí

Cocina a conCiencia

Descubriendo a van Gogh

Apolo 11, objetivo la Luna

El lazarillo de Tormes

Descubriendo a Mondrian

Carlos V



La tortilla de patata

Carmen de la Rosa

carmen.delarosa@goya.eu

Ilustraciones

Belén García

© 2015

WEEBLEBOOKS

Autora: Carmen de la Rosa
Ilustraciones: Belén García
Editora de texto: Esther Aizpuru
Corrección de texto: Irene Guzmán

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, octubre 2015



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

